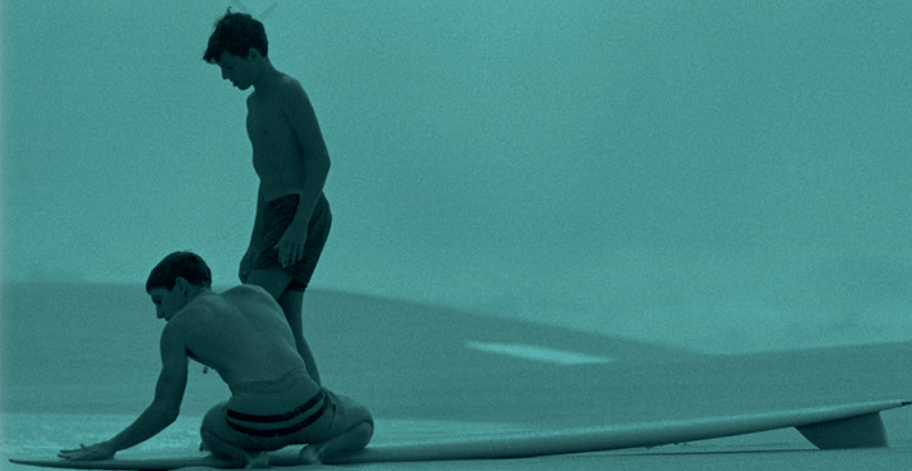


Libros del Asteroide 

**Tim Winton**

**Respira**

Traducción de Eduardo Jordá



Vamos a toda pastilla por la avenida bordeada de árboles con la sirena y las luces puestas y cuando el GPS nos ordena girar a la izquierda doblamos tan deprisa que todo el equipamiento se bambolea y choca contra la pared. No digo ni pío. Al fondo de la calle, en este barrio de las afueras, veo que la casa está tan iluminada como un crucero de vacaciones.

Ya estamos, dice ella antes de que yo pueda señalar la casa.

Por mí no te prives de acelerar.

¿Te estás poniendo nervioso, Bruce?

Algo así..., murmuro.

Pero la verdad es que me encuentro la mar de bien. Es justamente en estos momentos cuando me siento muy bien, cuando las terminaciones nerviosas se ponen a cantar y las tripas se tensan ante lo que se les viene encima. Ha sido una guardia muy larga y tranquila, pero Jodie y yo no nos llevamos nada bien. Cuando hacíamos el relevo he oído sin querer una conversación que no debería haber oído. Pero eso ha ocurrido hace ya muchas horas. Ahora estoy inquieto. Tengo miedo. Venga, ya, cuanto antes, mejor.

En la dirección desde donde nos han llamado, Jodie apaga la sirena y maniobra para subir marcha atrás por una cuesta empinada. Me da la impresión de que está sobreexcitada y que quiere alardear un poco de lo buena profesional que cree ser. No es una mala chica, solo que está un poco verde. Aunque ella no lo sabe, tengo hijas de su edad.

Cuando echa el freno de mano y llama para anunciar que ya hemos llegado, salto afuera y abro la puerta lateral para coger el equipo de reanimación. En la hierba cubierta de rocío, bajo los escalones del porche, hay un tipo de mediana edad que se está abrazando a sí mismo sin decir nada. Enseguida veo que no es nuestro hombre, aunque lo más seguro es que tenga la clavícula hecha polvo. Así que se lo dejo a Jodie y subo los escalones para anunciar desde la puerta abierta que hemos llegado.

En la sala de estar hay dos chicas adolescentes medio derrumbadas en los dos extremos de un sofá de cuero.

¿Es en el piso de arriba?, pregunto.

Una de ellas levanta el dedo sin mover siquiera la cabeza y me doy cuenta de que este trabajo se ha convertido en un simple servicio de recogida a domicilio. Por lo general la gente siente un chispazo de esperanza al ver el uniforme, pero ninguna de estas chicas se digna mirarme.

No es difícil encontrar el dormitorio. Hay una esterilla con vómito en el pasillo. Astillas de madera. Entro por la puerta destrozada y veo a la madre en la cama donde está tendido el chico. Mientras entro en la habitación sin hacer ruido observo bien lo que hay ahí dentro. El cuarto huele a marihuana, orina y desinfectante, y es eviden-

te que ella lo ha descolgado y luego lo ha vestido y lo ha intentado limpiar todo.

Me deslizo al lado de la mujer y hago mi trabajo aunque el crío ya lleva un buen rato muerto. Debe de tener unos diecisiete años. Hay marcas de ligaduras en el cuello y moretones más antiguos rodeando las marcas. Mientras voy moviendo el cuerpo ella sigue acariciando el pelo del chico, rizado y oscuro. Un chico guapo. Lo ha lavado. Huele a jabón Pears y a ropa limpia. Le pregunto cómo se llama y cómo se llama su hijo. Me dice que ella se llama June y que el chico se llama Aaron.

Lo siento, June, susurro, pero ha fallecido.

Lo sé.

Lo has encontrado hace un rato, ¿no? Cuando nos llamaste.

La mujer no dice nada.

June, no soy de la policía.

Pero ya vienen de camino.

¿Puedo abrir el armario?, le pregunto justo cuando Jodie entra en la habitación.

Preferiría que no lo hicieras, dice June.

Vale. Pero ya sabes que la policía lo abrirá.

¿Tienen que abrirlo?

Por primera vez, la madre me mira directamente a la cara. Es una cuarentona hermosa con el pelo corto de color castaño oscuro y con unos sofisticados pendientes colgantes. Puedo imaginar que una hora antes, cuando sus labios pintados y su vida estaban aún intactos, era una mujer que caminaba erguida y rebosante de confianza en sí misma, y que incluso podría mostrarse un poco arrogante.

Tienen que hacerlo, June.

Parece que has hecho alguna clase de... suposición.

June, digo mirando de reojo a Jodie, vamos a suponer que en la vida he visto ya unas cuantas cosas. Pero no puedo empezar a contártelas ahora.

Entonces dime cómo ha ocurrido, por qué se ha hecho esto a sí mismo.

He pedido que venga otra ambulancia, dice Jodie.

Sí, muy bien, murmuro. June, aquí está Jodie. Es la persona que me acompaña esta noche.

Venga, dime por qué.

Porque tu marido se ha destrozado la clavícula, dice Jodie. Tuvo que echar esta puerta abajo, ¿no?

Entonces, ¿qué les digo?, dice la madre sin prestar atención a lo que dice Jodie.

Eso tienes que decidirlo tú, digo. Pero no hay que avergonzarse de decir la verdad. Es lo mejor para todos.

La mujer vuelve a mirarme. Me pongo en cuclillas delante de ella, junto a la cama. Ella se baja la falda hasta las rodillas.

Tengo que decir toda la verdad, musita.

Intento dirigirle una sonrisa amistosa pero mi rostro está demasiado tenso. En la pared de detrás veo los pósteres que suele haber en cualquier dormitorio de adolescente: surfistas, estrellas de rock, mujeres en poses provocativas. En el estante de encima del escritorio hay trofeos deportivos y recuerdos de Bali, y el salvapantallas del ordenador muestra en bucle las torres gemelas derrumbándose hasta el infinito. La mujer acerca su mano a la mía y yo se la cojo. Está tan fría como su hijo muerto.

Nadie lo va a entender.

No, digo, probablemente no.

Tú tienes hijos, ¿no?

Sí.

Se oyen portazos que llegan desde la calle.

June, ¿preferirías estar un momento a solas con Aaron antes de que llegue la policía?

Ya lo he hecho, dice, y me suelta la mano y se la pasa distraída por el pelo.

Jodie, ¿podrías bajar y decirle a la policía dónde estamos?

Jodie se cruza de brazos con un gesto insolente, pero se marcha con una sacudida rápida de su coleta rubia.

Esa chica no te tiene ningún aprecio.

No, la verdad es que no.

Entonces, ¿qué hago?

Yo no puedo decírtelo, June.

Tengo que pensar en mis otros hijos.

Sí.

Y tengo un marido.

Me temo que tendrán que llevarlo al hospital.

Suerte que tiene.

Me pongo en pie y voy recogiendo el equipo. Ella se levanta y se sacude la falda y vuelve a mirar al chico que yace sobre la cama.

¿Quieres que llame a alguien?

Jodie aparece en la puerta acompañada por dos policías.

¿Llamar?, dice June. Bueno, podrías llamar a mi hijo. Como puedes ver, no quiere escuchar a su madre.

Cuando estamos a punto de llegar a la base para hacer el relevo, Jodie rompe el silencio.

¿Cuándo tienes previsto contarme todo lo que ha pasado?

Todo ¿de qué?

De esa pobre mujer. Por un segundo pensé que estabas coqueteando con ella.

Bueno, si quieres puedes añadirlo a tu lista de agravios.

Mira, lo siento mucho.

Arrogante, distante, sexista, mal comunicador, agresivo. Está claro que me he quedado rezagado en muchas cosas, pero es que he llegado tarde. Pero por si te sirve de algo, Jodie, no soy un veterano de la guerra de Vietnam. Aunque no te lo creas, soy demasiado joven.

Me siento fatal, ¿sabes?

Pues entonces cámbiate de turno. Haz lo que te convenga. Pero no vengas a darme la lata justo al final del turno y en la puta base cuando me pillas desprevenido. Es muy hostil y demuestra lo poco profesional que eres.

Mira, ya te he dicho que lo siento.

Cuando la miro, los faros de un camión que pasa por la carretera me permiten ver que está a punto de llorar. Se agarra al volante como si fuera lo único que la mantiene en su sitio.

¿Estás bien?

Dice que sí con la cabeza. Bajo la ventanilla. La ciudad huele a césped mojado y a tubos de escape.

No creía que pudiera afectarme tanto.

¿El qué?

Ha sido mi primer suicidio, susurra.

Sí, es duro, pero no ha sido un suicidio.

Dios santo, Bruce, pero si han tenido que derribar la puerta y luego descolgarlo. El chico se había ahorcado.

Fue un accidente.

¿Y cómo demonios lo sabes?

Bueno, recuerda que soy un sabelotodo.

Hace una mueca de desagrado y yo me echo a reír.

Dios, vaya tipo raro que eres.

Supongo que sí.

Pero ¿no vas a contarme nada? No me puedo creer que no quieras contarme nada.

Estoy un minuto callado y me acuerdo de esos desgraciados limpiando el cuarto antes de que llegáramos. Y la madre ahí sentada, intentando elegir una vergüenza en vez de otra. Y las dos chicas allí abajo en estado de shock. Y el padre en la hierba como una estatua.

A lo mejor te lo cuento otro día, le digo.

Bueno, dice, por hoy ya he dicho todo lo que tenía que decir.

Seguimos conduciendo en silencio hasta el garaje.

Me paso demasiado tiempo impactando a toda velocidad contra el muro de la neblina submarina. Doy vueltas en medio de un velo de burbujas hasta que pasa la turbulencia y me quedo flotando en una tenue luz verdosa mientras se me va todo el calor del pecho y se me empieza a escurrir la vida. Y entonces me llega desde arriba un enorme resplandor. Hay alguien en la superficie que está nadando hacia mí. Alguien que va a tirar de mí, me arrastrará a la superficie y me insuflará en los pulmones un aire tan caliente como la sangre. Ese alguien se lanza

hacia abajo y se detiene de golpe y en ese momento reconozco mi propia cara que intenta escrutar la oscuridad, titubeando a un brazo de distancia de donde estoy, como si no supiera de qué forma tiene que actuar. Mi boca se abre. Se me escapa una hilera de burbujas resplandecientes pero yo no entiendo nada.

Así que me despierto con un gruñido en el sofá del apartamento vacío en el que el sol de la tarde se derrama a través de la puerta corredera. Todavía llevo puesto el uniforme. Huele a sudor y a pollo al curry. Me levanto, cierro con un portazo y aspiro el olor salobre del viento sur. Meo, pongo la tetera a hervir y cojo el diyeridú que está tirado sobre la alfombra de yute. Las plantas de especias del balcón están verdes y lozanas. Engraso con cera la boquilla y me aclaro la garganta. Y entonces empiezo a soplar hasta que todo me quema. Y soplo y soplo contra los edificios de estética brutalista que se interponen entre la playa y yo. Y soplo contra las gaviotas que comen pizza en el aparcamiento de abajo mientras el viento me atraviesa en círculos, ardiente, zumbante, descarado. Ardiente contra el cielo pálido. Ardiente contra el mundo plano y brillante de ahí fuera.

Crecí en una casa de tablas de madera en un pueblo maderero, y como todo el mundo que vivía allí, aprendí a nadar en el río. El mar estaba a unos cuantos kilómetros de distancia, pero cuando llegaban las grandes marejadas de otoño un vapor salobre se esparcía por el valle a la altura de las copas de los árboles, y por la noche me quedaba despierto escuchando cómo las olas chocaban contra la orilla. La tierra bajo nuestros pies parecía tararear una canción. Solía saltar de la cama y tumbarme sobre los tablones de eucalipto para sentir el retumbar en el cráneo. Aquel sonido poseía una monotonía tranquilizadora. Se oía en todas las vigas de la casa, y en mis propios huesos, y durante los temporales de invierno empezaba a resonar como si fueran cañonazos en vez de simple agua. Me hacía pensar en los bombardeos sobre Inglaterra y en las historias que me contaba mi madre de las incursiones, que duraban toda la noche, y de cómo salía con sus padres a la superficie y se encontraba con que habían desaparecido calles enteras. En algunas mañanas de invierno ponía la radio mientras desayunaba medio esperando que dieran la

noticia de que una gran parte de nuestro distrito había sido devorada por el mar: vallas, carreteras, bosques y pastos, todo había sido engullido como si fuera un pedazo de tarta.

A mi padre le daba miedo el mar, y a mi madre le era indiferente: estas dos actitudes eran las típicas de la gente que vivía en nuestro pueblo. Cuando yo era niño casi todos nuestros paisanos eran así, y los bosques que nos rodeaban también les inspiraban sentimientos de desconfianza o de cautela. En Sawyer, lo único importante era la fábrica, el pueblo, el río. Los domingos, los tipos que trabajaban en la serrería iban remando hasta los bajíos del estuario a pescar merlán y peces cabeza plana. Mi padre iba con ellos. No recuerdo quién era el dueño de aquellas barcas largas y pesadas que estaban amarradas a estacas en la ribera del río —parecían pertenecer al Ayuntamiento—, porque el primero que se subía a las barcas era el remero y el capitán. Se tardaba una hora o más en hacer la travesía del estuario, sobre todo si uno se detenía a buscar sargos en los recodos y ensenadas. Los pocos días en que la boca de la ría estaba despejada y el mar en calma, algunas barcas se aventuraban a salir a mar abierto en busca de pargos, pero mi viejo jamás salía del refugio que le proporcionaba el estuario. Nadie —ni hombre ni muchacho— sería capaz de convencerlo de que se aventurara mar adentro.

Mi viejo empezó a llevarme con él cuando yo tenía siete años. Me gustaba oír el crujido de los remos en las horquillas y ver las sombras descarnadas de los pelícanos cuando se abalanzaban sobre los bajíos moteados por la luz del sol. Las barcas más grandes podían llevar a tres o cuatro hombres y todo estaba en silencio cuando se

hacían a la mar. A esa hora, los demás hombres del pueblo estaban reventados o tenían resaca, pero mi viejo era un tipo comedido. Cuando aquellos tipos hablaban, su voz sonaba a ladrido, como les ocurría a todos los que se habían quedado sordos trabajando en la fábrica. Cuando tosían, su tos sonaba a cigarros y a serrín. Los sombreros de ala ancha que llevaban apestaban a gambas y a sangre de pescado. Todos ellos eran hombres solteros y veteranos del ejército y granjeros hostigados por los bancos que parecían comportarse con un extraño respeto hacia mi padre, a pesar de que se burlaban de él por ser abstemio. Mi viejo era hijo de un tendero de ultramarinos de Kent y jamás me contaba nada sobre su vida pasada. Pero sus compañeros de trabajo no veían nada misterioso en él. Hablando en plata, era un tipo de fiar, y por lo que yo sabía, eso era todo lo que necesitaban de él.

Pescábamos al volantín con plomos que nos fabricábamos con placas de tejado. Y mientras llenábamos los sacos de arpillera y limpiábamos el limo y las escamas de los peces en las bancadas descascarilladas de la barca, las olas chocaban contra el alto y blanco espolón que se había formado en el banco de arena. Sobre la boca del estuario se levantaban columnas de espuma que después se dispersaban entre la brisa. Cuando los peces no picaban y yo me empezaba a aburrir y a ponerme nervioso, mi viejo me llevaba a la orilla y yo saltaba a tierra y me subía a una ladera arenosa a mirar las olas.

Yo era hijo único y solitario por naturaleza. En algún momento de la infancia me di cuenta de que mis padres eran personas mayores a las que solo les interesaban las cosas de viejos. Se entretenían con sus plantitas y sus

gallinitas. Se empeñaban en ahumar ellos mismos el pescado. Se remendaban la ropa y bordaban. Por las noches escuchaban la radio, o el transistor, como ellos lo llamaban. Y aunque no tenían la edad de ser abuelos, pertenecían claramente a un orden distinto de los padres de los demás chicos, y yo sentía que esa diferencia me marcaba de algún modo. La verdad es que me sentía obligado a protegerlos, cosa que en realidad me avergonzaba un poco. Igual que ellos, no me interesaba ni por el fútbol ni por el críquet. Rehuía los equipos de todo tipo y cualquier clase de deporte organizado me hacía sentir mal. Lo que más me gustaba era salir a caminar y subirme a los árboles, pero lo único que sabía hacer bien era nadar, cosa que debió de sorprender mucho a mis padres inmigrantes, ya que ninguno de ellos sabía nadar lo suficientemente bien como para salvarse en caso de peligro.

En cuanto llegaban los primeros indicios de que la primavera estaba dando paso al verano, los chicos del pueblo nos reuníamos al salir de clase en el puente de la ribera para saltar desde un trampolín rudimentario. El río tenía un color marrón a causa de los vertidos de tanino y el agua estaba más fría que el demonio, pero allí la corriente era mansa y no había peligro. Fue allí donde Loonie y yo nos hicimos amigos.

Ivan Loon tenía doce años y era un año mayor que yo. Era hijo del dueño del pub, y a pesar de que habíamos ido juntos al colegio casi toda la vida, teníamos muy pocas cosas en común. Bueno, eso fue así hasta que nos dimos cuenta de que cada uno por su lado habíamos aprendido el arte de provocar el pánico en la orilla.

Una tarde de noviembre me fui al río en bici a saltar

desde el trampolín, pero cuando llegué me encontré a cuatro chicas y a la madre de una de ellas corriendo por la ribera y gritando a todo pulmón que había un chico que se estaba ahogando en el agua justo ahí delante. Por supuesto que no sabían *quién* era el chico porque ellas no eran del pueblo, pero sabían que era un *chico* porque estaba allí un minuto antes y se había lanzado al agua y no había vuelto a salir y a ver si había tiburones y por Dios bendito por qué no dejás de hacer preguntas y haces algo ya.

Las franjas de luz solar atravesaban los grandes gomeiros. Las libélulas revoloteaban en el aire. Vi una toalla cerca del trampolín y al lado unas chanclas muy viejas, así que estaba claro que podía haber un problema grave. Pero el agua inmóvil tenía pinta de inofensiva y las mujeres que montaban aquella escandalera no parecían saber nada de aquel lugar. Debería haber desconfiado, pero me puse en movimiento solo por hacer caso a las mujeres. Mientras corría hacia la parte delantera del trampolín sentí la madera caliente y familiar bajo mis pies. Miré el agua rizada de la superficie del río y procuré trazarme un plan. Decidí que lo mejor sería entrar vadeando en el agua desde la orilla, luego ir avanzando con los brazos extendidos y después sumergirme confiando en encontrar un cuerpo humano. No había tiempo de buscar ayuda. Era o yo o nada. Sentí que podía afrontar el reto —estaban abusando de mí pero de golpe me sentía importante—, y justo antes de que pudiera embarcarme en la misión, sin que ni siquiera me hubiera dado tiempo a quitarme la camisa, Ivan Loon salió del agua. Estaba muy cerca de la orilla y soltó un grito tan salvaje que la mujer se cayó sobre el barro como si le hubieran disparado un tiro.

Seguí dando saltos en el trampolín mientras la mujer yacía en el lodo. Luego se apoyó en los codos y se incorporó. Loonie se echó a reír, cosa que no le sentó nada bien a la mujer. Nunca en mi vida había visto a una mujer tan furiosa. Embistió contra el agua manoteando sin ningún sentido, mientras Loonie la esquivaba con una finta y no paraba de soltar risitas. Era un chico pecoso pero se puso tan rojo por la excitación y el sobre esfuerzo que le desaparecieron todas las pecas. La pobre mujer no pudo ni acercarse a él. El vestido se le hinchaba con el viento como si fuera un globo. Gritaba como si le hubiera dado una pataleta. Loonie se alejó braceando de allí, se contoneó provocativamente durante un rato y luego se perdió entre las sombras de la orilla más alejada. Cuando me quedé de nuevo a solas con la mujer, me di cuenta de que era mucho más divertido hacer la broma que verla desde la barrera. Empecé a sentirme más culpable que divertido. Vi que dos sandalias Dr. Scholl flotaban corriente arriba bajo la brisa y las estuve mirando hasta que no pude soportarlo más y me zambullí responsablemente a por ellas. Las atrapé y mientras volvía nadando a la orilla, se entrecocaban haciendo un ruido como de leña ardiendo. Me avergoncé al ver a aquella mujer mayor que estaba allí de pie con el vestido que se le pegaba al cuerpo y con las rodillas llenas de hoyuelos y las piernas regordetas todas llenas de barro.

Hay raíces gruesas enterradas por aquí, le dije. Solo tiene que agacharse y agarrarse a ellas. Es fácil.

No dijo nada. Cogió las sandalias y fue subiendo por la ladera hacia el lugar donde estaban las chicas. Y mientras yo estaba flotando boca arriba en el agua, intentando averiguar qué debía sentir por ella, la mujer logró

recuperar un cierto grado de autoridad y guio a las demás chicas a través de los árboles hasta que se perdieron de vista. Empecé a sentir simpatía y desprecio a la vez. Se oyeron portazos de coche y el bramido de un motor que se ponía en marcha.

¿Fácil, eh?, dijo una voz acalorada muy cerca de mi oído.

Me aparté a un lado a la vez que soltaba un grito. Loonie se tronchaba de risa.

Brucie Pike, dijo, solo sabes hablar.

No es verdad.

Sí.

No.

Bueno, Pikelet, será mejor que lo demuestres.

Así que le demostré lo que sabía hacer. Estuvimos buceando todo el resto del día, descendiendo hasta las opacas profundidades del río Sawyer para contener la respiración hasta que la cabeza se nos llenaba de estrellitas, y cuando al fin volvíamos a salir a la superficie, agotados y mareados, la arena de la orilla oscilaba de un lado a otro y se deshacía bajo nuestro peso a la luz del poniente. Ese fue el primer día de una larga serie, y a partir de entonces fuimos amigos y rivales. Fue el comienzo de algo. Asustábamos a la gente y cada vez nos forzábamos más y más para llegar al límite, hasta el punto de que a menudo empezábamos a asustarnos de verdad.



A mis padres no les gustaba Loonie. Era un golfillo malhablado que vagaba por el pueblo a la hora que le daba la

gana. Vivía en el pub y mis viejos no eran gente que fuera a beber al pub. El hecho de que la señora Loon no fuese la madre biológica de Loonie parecía causarle cierto desagrado a mi madre, aunque procuraba que no se le notara. A mis padres, que eran gente discreta y amable, Loonie parecía provocarles más incertidumbre que antipatía. Eran tan tranquilos y rutinarios que muy pocos habitantes de Sawyer se acordaban de ellos incluso pocos años después de su muerte. En cambio, Loonie era una criatura totalmente distinta. Aún hoy te puedes encontrar a alguien en Perth o en Kuta que te cuente una historia sobre las viejas chifladuras de Loonie, y aunque esos relatos suelen ser casi siempre apócrifos, todavía conservan los elementos esenciales de su conducta salvaje. Lo normal es que una persona tan solitaria e indomable como Loonie fuera también un tanto simple e ilusa, pero él no era ninguna de estas dos cosas. Cuando tenía doce años sabía mucho más de la vida que mis propios padres, cosa que extrañamente los intimidaba. Desde el primer momento los trató con condescendencia. Le hacía gracia que fueran tan inocentes y que llevaran ropa inglesa y se pusieran unos zapatones feísimos para trabajar en el jardín. Imitaba el lento bamboleo de mi padre al caminar y se restregaba las manos con el mismo gesto con que lo hacía mi madre. Antes de que se me ocurriera invitarlo a venir a casa, él ya se había presentado por propia iniciativa. Se plantaba frente a la valla delantera como un perro callejero y se quedaba haraganeando por el extremo del camino lleno de baches que subía hasta nuestra casa, como una persona que no pudiera estarse quieta y que parecía esperar o incluso exigir en silencio el permiso para cruzar el prado delan-

tero. Cuando llegaba a nuestro patio —o más adelante, a la mesa del comedor—, mis viejos se ponían nerviosos y se volvían reticentes. Y él movía sin parar sus grandes ojos verdes mientras cotorreaba de forma burlona y malintencionada, sonriendo hasta que su labio inferior —siempre cuarteado por el sol— empezaba a sangrar por la presión de sus dientes.

Una o dos semanas después de haber conocido a Loonie, mi viejo hizo un esfuerzo por superar sus recelos y aceptó por fin que se viniera con nosotros en la barca. Aquel primer día, Loonie estuvo tan alegre e hizo tantas bromas y ruiditos complacientes que nos hizo pasar un mal rato, hasta el punto de que incluso a mí me pareció un gesto caritativo que mi viejo volviera a invitarlo a salir en barca con nosotros. Pero tengo la impresión de que mi padre veía lo mucho que Loonie amaba nuestras salidas, y por eso ponía tanto esfuerzo en ayudarnos y en causarnos una buena impresión. A pesar de lo paca-tos que eran mis padres, estoy seguro de que se dieron cuenta de lo solitario que era mi nuevo amigo e intuyeron que él los respetaba y los quería a su modo, más allá de su conducta aparentemente desconsiderada. Porque Loonie se ponía en cuclillas junto a mi padre en el jardín cuando estábamos ahumando el pescado, y siempre cogía una bayeta si estaba con mi madre en la cocina. A comienzos de aquel verano, cuando empezamos a hacernos inseparables, Loonie se quedaba en nuestra casa hasta que se hacía de noche. Siempre se quedaba hasta muy tarde, pero sabía irse antes de que alguien le sugiriera que ya era hora de irse a dormir.

Los domingos íbamos a pescar a la ensenada con los trabajadores de la fábrica, y a finales de diciembre, cuan-

do empezaban las vacaciones, pasábamos los fines de semana en el río y poníamos nerviosos a los excursionistas. Cogíamos trastos viejos del vertedero para ampliar el tamaño de la horquilla y del manillar de las bicis. Inclinábamos al máximo el sillín y el soporte abatible hasta que teníamos que pedalear como si fuéramos cuesta arriba en cualquier clase de pendiente. Cuando llegábamos a la autovía, Loonie se ponía a desafiar a los camioneros que transportaban madera, a ver quién corría más, mientras yo me escondía entre los helechos que había en el lindero del bosque. Quería que desistiera y al mismo tiempo que siguiera desafiando a los camiones. Cogíamos las vías de servicio que serpenteaban a lo largo de las nuevas urbanizaciones y de las marismas que rodeaban el pueblo, así que cuando un camionero cabreado se detenía y empezaba a dar marcha atrás traqueteando, ya hacía mucho tiempo que nosotros habíamos desaparecido. Fue un tipo de infancia que ahora parece tan lejana que comprendo perfectamente que la gente se pregunte si fue real. Si empezaras a hablar de aquellos tiempos, te acusarían de ser un friqui nostálgico y te llamarían mentiroso antes siquiera de abrir la boca, así que procuro no hablar mucho de aquello. En este sentido, supongo que soy un fiel hijo de mi padre: un mal comunicador, un libro cerrado. Si me pongo a charlar en los bares aburro a las ovejas, y he destruido un matrimonio por empeñarme en no abrir la boca. Así que no quiero unirme al club de los corazones desgraciados ni que me adopten como otra víctima más del síndrome particular que esa semana se haya puesto de moda. Solo hablaré si nadie me está escuchando. Es como tocar el diyeridú de los aborígenes: tienes que

soplar el aire una y otra vez mientras intentas explicarte a ti mismo quién eres porque aún conservas la suficiente cordura para hacerlo. No soy un nostálgico. Puedo pasarme semanas enteras sin acordarme de mi infancia y Loonie y el pueblo de Sawyer, pero en el trabajo que tengo uno ve cosas como la asfixia de esta noche y entonces te entra un mal cuerpo que no estás dispuesto a explicarle a una chica que lleva un uniforme nuevecito y que ya ha decidido etiquetarte como un impresentable.

Libros del Asteroide